

INTRODUCCIÓN

De modo que, Creso, en el hombre todo es puro azar. No niego que me pareces muy rico y que eres rey sobre muchos hombres, pero lo que me preguntas yo no te lo contaré antes de saber que has concluido tu vida con felicidad. Pues el muy rico no es más feliz que el que dispone de lo que necesita para el día, a no ser que el destino le tenga dispuesto que pueda morir felizmente, en posesión de todo lo bello.

Heródoto, *Historias*, I, 32.

La idea para este libro nació tras un proceso que podría definir de «investigación invertida». Como a veces ocurre en estos casos, desde un estudio más exiguo y lacónico, se llega a otro más extenso y profundo pese a las limitaciones que ello pueda tener¹. Me refiero al redescubrimiento de la comedia *La inconstancia de la suerte*, pieza literaria nunca estudiada pero recientemente digitalizada por la Biblioteca Nacional de España (BNE)², a partir de la cual surgió una pregunta a la que he intentado dar una respuesta con este ensayo: ¿es posible que la figura de Heródoto en la España de los siglos XVI y XVII no haya sido tan

¹ Quiero agradecer la paciencia, la disponibilidad y la amabilidad de algunos colegas y amigos a los que consulté y pedí ayuda durante la composición de este libro. Entre otros, me gustaría dar las gracias al profesor Stefano Pagliaroli por la información sobre la edición de Lorenzo Valla que amablemente me envió, al profesor Guillermo Serés Guillén por las varias consultas sobre las misceláneas del Siglo de Oro, al profesor César Sierra Martín por las charlas sobre Heródoto y, por último, a mi amiga Paola Díaz Montenegro que muy amablemente revisó y se apasionó por este libro.

² En estos momentos *La inconstancia de la suerte* está en fase de edición en esta misma editorial.

considerable o, de alguna manera, representativa y valiosa en todo el corpus literario, al igual que ocurrió en otras naciones? Después de llevar a cabo esta investigación —la cual a día de hoy no me parece del todo acabada por el inabarcable número de textos hispanos que debería sondear— me atrevería a contestar a esta cuestión afirmando que, debido a la falta de una traducción castellana en época moderna o una fuente más directa de las *Historias* herodoteas en la Edad de Oro, el historiador griego no llegó a ser tan consagrado como en Italia, en donde se disfrutó primero de la versión latina de Lorenzo Valla y, segundo, o casi contemporáneamente, de las primeras traducciones en lengua vulgar. Esta ha sido también una opinión común durante las últimas décadas entre los estudiosos de Heródoto en el mundo hispano. Mas ¿estamos seguros de que esta influencia indirecta no conllevó un valor intrínsecamente imprescindible en el proceso de reescritura literaria y de reconstrucción del pasado histórico a través de la igualdad de los *nómoi* herodoteos utilizados en los textos? ¿Estamos seguros de que la laicidad de sus fuentes no constituyó una inevitable discusión entre los autores que las combinaron entre sus escritos?

Hasta 1846, año en el que sale a la luz la primera traducción española por la erudición del jesuita de Algaida (Mallorca), Bartolomé Pou (1726-1802), estas eran más o menos las ediciones que pudieron circular —según nos señaló el mismo religioso español para justificar la elección del texto griego-latín a partir del cual generó su versión— y que se conocían en España, ya a finales del siglo XVIII:

Los venecianos, de los que se valió Aldo Manucio para la primera edición griega publicada en Venecia año 1502. —Los ingleses, uno del arzobispado de Cantorberi, y otro del colegio de Etona. —El de Médicis. —Tres parisienses de la Biblioteca Real. —Los de la Biblioteca de Viena, los de Oxford, y el del cardenal Passionei. Las ediciones de Heródoto llegadas a mi noticia son las siguientes: —La versión latina de Valla en Venecia, año 1474. —La latina de Pedro Fénix, París 1510. —La latina de Conrado Heresbachio en 1537, en la cual se suplió lo que faltaba en la primera de Valla. —La griega de Manucio, Venecia 1502. —La griega de Hervasio, Basilea 1541, y otra en 1557. —La greco-latina de Henrique Stefano 1570, y otra del mismo en 1592 corrigiendo la de Valla. —La greco-latina de Jungerman, Fráncfort 1608, reimpresión aumentada de la anterior. —La greco-latina de Tomás Galo, Londres 1689. La greco-latina de Gronovio, Leiden 1715. —La greco-latina de Glascua, 1716, hermosa en extremo. —La greco-latina de Pedro Wesselingio, Ámsterdam 1763, con muchas variantes y notas, por cuyo

texto me he regido en esta traducción. Las versiones en romance de que tengo conocimiento son la italiana del Boyardo en Venecia en 1553, otra italiana dei Becelli en Verona en 1733, y una francesa de Pedro Duryer, todas a decir verdad de muy corto mérito. Veremos si será más afortunado M. L'archer en la nueva traducción francesa de Heródoto, que según noticias está trabajando. Mi ánimo al principio era dar un Heródoto greco-hispano en la imprenta de Bodini en Parma, pero la prohibición de introducir en España libros españoles impresos fuera de ella, y el consejo de D. Nicolás de Azara, agente en Roma por S. M. C., me retrajeron de mi determinación. Mucho sería de desear que algún aficionado a Heródoto reimprimiera el texto griego, libre de tanto comentario, variantes y notas con que han ido sobrecargándole gramáticos y expositores, pues lejos de darle nueva belleza y claridad, no producen sino confusión³.

A diferencia de otros países, en España se podría hablar de una «transversalidad herodotea» en lo tocante a su recepción, al igual que la de Tucídides, que duró hasta el final de Siglo de Oro y, por ende, hasta la tardía versión castellana. Esta transversalidad se debió tanto a la difusión de la trascendental versión al idioma del Lacio del humanista romano, como a las reminiscencias herodoteas en las numerosas misceláneas, poliantes, florilegios, enciclopedias y repertorios de lugares comunes que circularon desde el siglo xv en toda Europa. La ingente cantidad de obras a revisar, hoy, dificulta la tarea de identificación o hallazgos de los modelos de las *Historias* herodoteas en la literatura áurea y vuelve espinoso desvelar el proceso receptivo de las mismas.

Lo cierto es que las humanidades digitales han sido —y lo siguen siendo— un instrumento imprescindible en la labor de búsqueda y no cabe duda de que esta ha sido una de las claves para la composición de este libro. No hay que olvidar que los soportes digitales, como el que recientemente se elaboró en Inglaterra (Hestia Project), el cual utilizó mapas inteligentes para el análisis de los datos herodoteos, vuelven tanto las *Historias* de Heródoto, como otras obras, más accesibles al lector o investigador. Contar con la posibilidad de poder rastrear, en líneas generales, una buena parte de las obras del Siglo de Oro me ha permitido, en la medida de lo posible, llegar aún más a fondo respecto a la pesquisa que plantearon otros investigadores —los cuales sigo admirando— en las décadas pasadas y hasta este momento. El breve estudio de Manuel

³ Pou, 1909, pp. 8-10.

Galiano, por ejemplo, es una clara demostración de cómo debería llevarse a cabo un análisis profundo sobre la recepción de los *lógoi* de Heródoto en la literatura española moderna. Con sano criterio, el estudioso español explicó la evolución que tuvo la leyenda del pequeño Ciro que Astiages ordenó matar, pero que fue salvado por su boyero, narrada por Heródoto (I, 111-113), e incluida en la traducción española (1540) de Jorge de Bustamante del epítome de la *Historia* de Pompeo Trogo redactado por Justino. Esta leyenda sobre la niñez de Ciro volvió a repetirse once años más tarde en los *Romances* eruditos de Lorenzo de Sepúlveda y en 1576 en el *Patrañuelo* de Juan de Timoneda (patraña 16). Sobre esta última obra, Galiano demostró que, contrariamente a cuanto afirmaron Menéndez Pelayo y Ruiz Morcuende, la mención a la leyenda de Ciro de Timodena fue un calco fidelísimo de los versos de los romances de Lorenzo de Sepúlveda⁴ y no de la obra de Justino, según afirmaron los dos estudiosos.

Es prudente advertir que no se trata de considerar tan solo la tecnología aplicada al estudio de los clásicos modernos, sino también de una diferente manera de concebir la recepción de las *Historias* en la literatura hispana moderna. Me refiero a la aplicación de las teorías de Hardwick y Stray sobre el propio concepto de recepción cultural de las historias antiguas, las cuales me llevaron a estimar los diferentes medios a través de los cuales las *Historias* de Heródoto se han transmitido, traducido, extraído y fragmentado, y cómo se han podido citar, interpretar, reescribir y representar⁵. Sobran razones para afirmar que cada ocasión de «recepción hispana» fue parte de un largo proceso que merece no solo uno, sino varios estudios pormenorizados acerca de la naturaleza de los lectores, de sus expectativas e ideologías, prejuicios, ideas y calidades mismas de estas fuentes. Las *Historias* de Heródoto son una obra que, al englobar tantos personajes históricos, tanto material geográfico y etnográfico, llegó a tener ciertos límites intelectuales circunscritos solo después y, más concretamente, en época moderna.

A lo largo de los siglos, las *Historias* han sido asociadas a la génesis y al desarrollo de varias disciplinas, no solo históricas, sino también antropológicas, biográficas, a la literatura de viajes, y quizá fue esta vinculación cultural la razón principal de su supervivencia, mediante la cual llegaron

⁴ Fernández Galiano, 1961, pp. 93-98.

⁵ Stray y Lorna, 2008, p. 200.

a ser un modelo para diferentes tipos de escritura⁶. Los modelos, los *lógoi*, las anécdotas y las narraciones herodoteas han sido el principal objetivo analizado en este libro, desde una perspectiva de fuente y material literario, narrativo y como realidades interpretadas ricas de información que abarcaron géneros literarios diferentes para describir y glosar material cultural, histórico, geográfico y anecdótico. He considerado necesario una labor de unificación del conocimiento tal vez irregular, esporádico y fragmentario de Heródoto en el Siglo de Oro hispano, aunque sigan abiertas algunas líneas de investigación que personalmente no he podido incluir, como la transmisión de Heródoto en los manuscritos hispanos áureos, el rol de las *Historias* en la literatura visual moderna o el estudio de las *Historias* como fuente de inspiración para la literatura de viajes o en las numerosas *Historias* nacionales e internacionales.

Bien sé que, como afirmaba Lida de Malkiel, «el lugar común en sí es lo inerte, lo muerto dentro de la transmisión literaria, que cobra valor cuando se lo recrea y diversifica, esto es, cuando deja de ser tópico», pero la señalización de los tópicos y del catálogo histórico común herodoteo puede señalar aún más los puntos de contacto con la cultura europea y española en el Siglo de Oro. El examen de *lógoi* puede testificar los motivos heredados y la presencia de estos átomos culturales a menudo insertados por una semejanza que en la perspectiva de los autores hispanos se hacía cada vez más palpable, íntima y que redujo las diversidades⁷. Heródoto afianzó con su autoridad no solo las *Historias* más importantes y necesarias, al igual que caracterizó una extensa parte del discurso historiográfico hispano, sino también las trivialidades más inocentes que se escribieron en este periodo. Fueron las diferencias que apuntó acerca de cada aspecto de la vida social y económica, a saber, la religión, las costumbres funerarias, el matrimonio, la comida y la bebida y, en general, el modo de vida, que se convirtieron en los *lógoi* necesarios para nuestra literatura áurea. En las diferencias de las *Historias* entre los varios aspectos físicos del mundo, los autores hispanos intuyeron, como conjeturó Corcella, las uniformidades de las leyes que regularon todos los fenómenos.

⁶ Priestley y Zali, 2016, p. 11. «Dice Heródoto que los sacerdotes de Egipto usaban dos maneras de letras, las unas en las cosas vulgares, y las otras en las sagradas, para que no fuesen entendidas del vulgo que llamaban jeroglíficas». Miranda Villafañe, 1582, fol. 41v.

⁷ Lida de Malkiel, 1975; Corcella, 1984, p. 82.

Cabe entonces preguntarse ¿por qué estudiar la recepción de las *Historias* en el Siglo de Oro? Como es sabido, la escritura historiográfica y cualquier tipo de *Historia* redactada en esta época, erigió una producción literaria que alcanzó un nivel más científico o, si se quiere, más profesional, ya que, el proceso de escritura a menudo englobó la consulta de documentos de tipo humanista o clásico. Los autores españoles como Laguna, Juan de Mariana, el padre Sigüenza, Huarte de San Juan, Pedro de Valencia, El Brocense, Antonio de Guevara y, más tarde, Pedro Mexía y Luis de Ávila fueron escritores europeos y cronistas con una profunda conciencia historiográfica, en particular, los historiadores que publicaron en la segunda mitad del siglo XVI, los cuales ya llevaron enmarcado un bagaje cultural humanista y otras exigencias metodológicas y estéticas. La acción de documentarse, de proponer una metodología científica basada en estudios y en historias antiguas es otra añadidura a la búsqueda desenfadada de la *autoritas* o de la vuelta a los clásicos en el Renacimiento. En toda la Edad de Oro el mismo concepto de Historia cambió considerablemente y se proyectó más allá del acopio de nombres, sucesos y fechas. La Historia abarcó numerosos aspectos de las costumbres de los seres vivientes⁸, la composición de los monumentos retornó a descubrir la gran riqueza intelectual del helenismo, se volvió más escéptica hacia cualquier tipo de narración epistemológica. Los historiadores reconocieron que varias realidades (como la colonial americana) no estaban documentadas en la Antigüedad grecolatina, que aquellas tierras exóticas no se incluyeron en textos como el de Plinio y, sucesivamente, las identificaron a través de paralelismos y analogías literarias, cambiando el espacio geográfico y aplicando la sabiduría humanista. Los *lógoi* de Heródoto se engastaron «en voz baja» y de manera heterogénea en toda obra de carácter informativo, histórico, cronístico, polémico, apologético, en las formas retóricas⁹ renacentistas y tradicionales y, hoy, se documentan en la evolución que tuvieron las *historias* y las *crónicas*; a saber, desde un realismo latente a un ámbito más biográfico.

⁸ Las descripciones herodoteas de las diversas costumbres de los pueblos se infiltraron en España también gracias a las traducciones. Entre otras, la del humanista alemán Boemus (ca. 1485-1535), quien se apoyó en la *autoritas* de Heródoto para describir Escitia, Asiria y poblaciones como los trogloditas. Boemus, 1556, fols. 178, 200, 237v.

⁹ Sobre la retórica de Heródoto y la creación del pasado, ver Lateiner, 1989, pp. 13-55.

El conocimiento de la obra herodotea avanzó de forma desorganizada, regulado solo por el eje de la obra literaria misma que lo incluyó y que buscó en las *Historias* una materia curiosa, la extrañeza interesante, el carácter insólito y la fascinación de la antigüedad y diferencia, la autenticidad y el empirismo. El valor didáctico que aportó a cada obra¹⁰, en particular mediante las misceláneas que recogieron un sinfín de *lógoi* del autor griego, se materializó en una función recreativa a través de las materias más curiosas, de lo ameno, que se acumuló al manipular las temáticas más variadas¹¹. Las *Historias* aportaron un conocimiento imprescindible para la construcción de la antigüedad, siendo sinónimo de singularidad, pero también concretando cierta universalidad en las referencias imprescindibles para la literatura española. Sin asegurar ningún tipo de fiabilidad de información, las *Historias* consiguieron transmitirse de forma segmentada, aun con escasas alteraciones del propio texto¹², arrojaron luz sobre el pasado y desvelaron algunas que otras verdades¹³, tal vez, ayudadas por su escritura y retórica «dócil y atenta», como la definió Juan de Guzmán (m. s. XVI-?, 1589 post) en su *Rethorica* dialogada (1589)¹⁴.

Al igual que ocurrió en la Alemania luterana y en otros países europeos entre los cuales las *Historias* se divulgaron en griego, latín y lenguas vernáculas, en España la obra herodotea fue incorporada al gran número de tratados didácticos que circularon desde el siglo xv, incluido en el contexto religioso y cultural de la Reforma. Por citar una similitud, en España ocurrió exactamente lo que ya le había ocurrido a Petrarca en Italia, el cual, teniendo un conocimiento rudimentario del griego, llegó a leer a Heródoto estudiando cuidadosamente lo que los romanos, y en particular Cicerón, decían de los griegos¹⁵. Como ha demostrado

¹⁰ Reflejos de este didactismo son algunas alusiones a Heródoto que se encuentran en la obra pedagógica, *El regidor* (1578), del licenciado Costa (1485-1535). Costa, *El regidor*, fols. 85-85v, 121v, 153v.

¹¹ Alcalá Galán, 1996, pp. 11-19.

¹² Graciani García, 2000, pp. 451-468.

¹³ Hay que recordar que el humanista toledano Juan de Vergara (1492-1557), en muchas ocasiones, con el fin de evidenciar las falsedades acerca de Beroso el Caldeo escrita por Annio de Viterbo en el *De antiquitatibus loquentium*, recurrió a la autoridad de Heródoto en su célebre tratado. Ver De Vergara, 1552, fols. XCVI, XCVII, XCIII, XCV, XCVI, LIII, LV, LXXXIII, LXXXIII, XCIII, XCVI, LXXXIII, XCVI, LXXXI, LXXXII.

¹⁴ De Guzmán, 1589, fol. 87.

¹⁵ Momigliano, 1958, pp. 1-13.

en su largo e imprescindible estudio Anthony Ellis, a partir del siglo XVI algunos autores intentaron demostrar la concordia que había entre las *Historias* con algunos puntos de la doctrina cristiana, como los Diez Mandamientos. Prueba de ellos fueron la *Oratio de Herodoti utilitate* y la *Praefatio in Herodoti Lectionem* (1597), del humanista alemán David Chytraeus (1530-1600), dos trabajos que buscaron argumentar que incluso los griegos paganos confirmaron la verdad de las Sagradas Escrituras escritas por Moisés y los profetas y, al mismo tiempo, que el papel que desempeñó en la educación contemporánea la escritura de Heródoto fue esencial para su manera de ilustrar la ley divina más vívidamente que los solos preceptos. El *exemplum* pagano sacado de la *Historia*, propiamente interpretado, podría enseñar a los gobernantes contemporáneos las recompensas y el castigo del Dios cristiano que, a su vez, había ordenado al hombre un comportamiento virtuoso y no pecaminoso. Muy significativa es la subdivisión de los personajes de las *Historias* propuestas por Ellis, distribuida según ciertos principios y conforme a cómo fueron tratados por los autores modernos. Crespo, Cambises y Jerjes, Paris, Astiages, por citar los más famosos, representaron la inconstancia de la vida humana, el rol y si se quiere la causa que los llevó a hacer guerras innecesarias, al igual que la arrogancia de cada uno que los dioses castigarán¹⁶. La división más interesante es sin duda la que separa las figuras históricas en dos categorías, la positiva y admirable por su justicia, por hacer el bien, por las guerras necesarias, la moderación y la tolerancia de los errores (Ciro, Deyoces, Darío, Temístocles, Pausanias, etc.), y la negativa marcada por el castigo divino de la tiranía, la envidia, la ambición, etc.

Dentro de este contexto, me gustaría proponer un enfoque heterogéneo basado no solo en la recepción de las *Historias* y su aspecto filosófico y ético propuesto en muchos tratados y libros hispanos, al igual que su aproximación moralizante y pedagógica que se adoptó en la recepción de la *Historia* griega, sino también en cómo se simplificaron los *lógoi*, en qué contexto se emplearon y para qué. Como se verá, existió una distinción en la manera de emplear y concebir las fuentes herodoteas que va desde una consideración de los hechos meramente históricos, o creencias históricas, a historietas, comentarios, *marginalia* que mostraron su lado didáctico. En algunos casos, no en todos, se

¹⁶ Ellis, 2015, pp. 173-175; 184-186; 233-235.

trata de una hermenéutica que presenta un distinto nivel emocional, retórico, pedagógico y, sin duda, simplificado, como ocurrió entre los luteranos.

Mi labor es, en parte, la de continuar el análisis iniciado principalmente en dos estudios, los cuales, si bien introdujeron la argumentación que propongo, a mi juicio, quedaron interrumpidos por la propuesta de un enfoque diferente al que prelude. El primero es el polémico artículo de Arnold Reichenberg en detrimento del estudio preliminar de Lida de Malkiel a su traducción de las *Historias*. La crítica del hispanista estadounidense se concentró en el análisis teórico de la traductora argentina —un trabajo que según Reichenberg no fue introducido en la bibliografía de Alsina y Vaqué (como si de esto la hispanista tuviese la culpa)— y en unas expresiones poco acertadas o quizá poco objetivas desde el punto de vista histórico¹⁷. Finalmente, este breve estudio propone algunas lecturas que al día de hoy han sido clave para entender la recepción de Heródoto en la Edad de Oro.

Por lo que concierne al trabajo de Lida de Malkiel, hay que decir que es un estudio pionero y que abrió paso, en primer lugar, a una consideración del pensamiento de Heródoto regida sobre los relatos de las *Historias* y su diversidad y variedad. El atractivo y lo vívido de estas narraciones «hicieron que se le echara mano de continuo», por estar «animados por su simpatía imaginativa de novelista o de dramaturgo que se sitúa dentro de cada personaje para recrearlo con idéntico brío». En segundo lugar, la hispanista señaló la continuidad en el rigor crítico renacentista con la ciencia helénica, mirando hacia Heródoto como a un historiador de la cultura y primer folclore que atrajo a los escritores hispanos por su simpatía artística y creadora, por sus cuentos populares, por sus sucesos condicionados por una situación imposible. A Lida de Malkiel le debemos una primera mirada de la recepción herodotea en el fragmentario panorama de la literatura antigua, entre los rastros dispersos, en la obra de Aristófanes, en el contraste con Tucídides, en la moderada posición de Aristóteles, quien, no obstante, empleó no pocas veces los datos incluidos en las *Historias*, en la posición racionalista de la época helénica con Éforo, Polibio, Estrabón y la mirada crítica de Joséfo. La hispanista reveló cómo la literatura alejandrina «le miraba con simpatía»;

¹⁷ Alsina y Vaqué, 1961, pp. 109-127; Reichenberger, 1965, pp. 235-249; Lida de Malkiel, 1949, pp. 26-30, 59, 84-90.

cómo Plinio en la *Historia natural*, Valerio Máximo y Justino extrajeron «un sinfín de noticias», «muchas anécdotas» y aseguraron la perduración de las *Historias* en el Edad Media, junto a la doble y contradictoria actitud de Luciano, quien, primero, le condenó por la poca fiabilidad de sus fuentes y, sucesivamente, lo admiró por su técnica.

En su trayectoria a través de las edades de la «poética reflexión de Heródoto», la estudiosa argentina tomó en consideración algunos tópicos que le parecieron influir en nuestra literatura, y que en algunos casos coincidieron con las obras contempladas en este ensayo. Aquí vale la pena hacer una pequeña digresión sobre los *topoi* que Lida de Malkiel propuso en su estudio relacionándolos con las obras hispanas. Se halla, por ejemplo, la acción igualadora de la Providencia que «resuena» en el *Labirinto de Fortuna* de Juan de Mena al igual que los pueblos africanos; la fuente prodigiosa, el ave fénix y el famoso recorrido de Jerjes en su carroza del *Alexandre* (1174-2475, 1446); los casos de Clebis y Bitón, el hijo mudo de Cresos en el *Libro de las claras e virtuosas mujeres* (1.3; 2. 16 y 66) de don Álvaro de Luna; el apodo de Candaules aplicado a Enrique IV y en la glosa de Hernando del Pulgar sobre las *Coplas de Mingo Revulgo*. En este estudio la hispanista citó también algunas obras extranjeras de la época moderna, como el *Fausto* de Marlowe, en el que «se desliza el recuerdo de Jerjes», o la historia del anillo de Polícrates versificada por Schiller; Heine en su romancero narró el cuento del ladrón y de Rampsinito; el convite de Astiage en el *The Fool's Tragedy* de Beddoes, y algunos versos de Cory que describieron la entrevista de Cleómenes y Aristágoras interrumpida por una niña.

Según Lida de Malkiel, en la Edad Moderna, la supervivencia de Heródoto continuó la actitud medieval ante los clásicos, es decir, no se trató la obra desde el punto de vista histórico ni estético. La razón de dicha afirmación fue correlativa a los *topoi* que la misma investigadora consideró, como, por ejemplo, la derrota del ejército de Jerjes contra los griegos, su llanto ante el efímero ejército, la macabra justicia de Cambises, «el heroísmo del valiente que se enfrenta para dar color a la supuesta traición y conquistar así la plaza enemiga [...] un antiguo tema fabulístico oriental» que corresponde en las *Historias* herodoteas a la fábula del persa Zopiro, y el famoso coloquio entre Solón y Cresos. Por último, es interesante su división de las «noticias peregrinas» en las que reconoció tópicos como la historia del faraón ciego, las amistades célebres, el exceso de amor, la exaltación de la fortaleza femenina, la exhortación a la caridad, el encomio a una medida práctica de gobierno, la

comparación de la dureza del cráneo de persas y egipcios, la infancia de Ciro, la antigüedad de la lengua frigia, el río Halis, la campaña de Aliates, el hijo mudo de Cresos, la fuente que arde a medianoche y se hiela a mediodía, la historia de Nitocris, la respuesta del espartano Diecenes —«así combatiremos a la sombra»— y la subasta de doncellas en Babilonia. Al emparentar estos tópicos herodoteos con las obras hispanas modernas, Lida de Malkiel quiso remarcar la continuidad con la Edad Media y su recepción prevalentemente indirecta de las *Historias* que determinó la recreación artística, variada y perdurable de las letras griegas, a las que España fue sin duda poco inclinada¹⁸.

Por otro lado, no se trató solo de una simple transmisión indirecta de los *topoi*, ya que, como veremos, las *Historias* de Heródoto permitieron englobar el carácter de una colectividad y convertir la palabra en acción, tal vez mental. Desde el siglo XVI se asistió a una nueva fase de la renovación de la historia griega en todos los géneros literarios hispanos, involucrando muchos más que dos obras, según leemos en el estudio preliminar a la segunda traducción de Heródoto realizada por Berenguer Amenós¹⁹. El autor moderno manejó las *Historias* como un texto ya hecho y elaborado por su autor y en otra época, las combinó con sus documentos como si de una especie de reportaje se tratara, con diferencias esenciales que señaló o eludió, y con sus analogías como fragmento de una realidad histórica incompleta y que, por esto, tuvo que postular una explicación o una exégesis. Se trata también de una interpretación de los *lógoi* herodoteos que se pudo fundir con el conocimiento propiamente histórico, según Julián Marías, y llevó a los autores a reutilizar estos fragmentos, tal vez aislados, para reconstruir la realidad vital²⁰.

En definitiva, como conjeturó el mismo estudioso, las *Historias* de Heródoto son *intemporales* en su esencia, ya que, lo que más ha llamado la atención en su lectura no fue el auténtico saber histórico, sino «lo extraño e insólito, lo menos cotidiano», lo verosímil, la continuidad y la conexión de la realidad histórica. La experiencia herodotea en España y su relación con la Edad Moderna en la que se aplicó, permitió a los autores juzgar la información del pasado, criticarla por inverosímil,

¹⁸ Ver el largo listado de obras propuesto por la investigadora para cada uno de estos *topoi*. Lida de Malkiel, 1949, pp. 90-98.

¹⁹ Amenós, 1960, fols. LXXII-LXXIX.

²⁰ Marías, 1954, pp. 181-199.

o arrojar luz sobre los hechos visibles o invisibles de aquel presente a través de la similitud, de la analogía, del parangón²¹. En España, los *lógoi* herodoteos demostraron, como los definió Mary Hesse, las «posibilidades» de una explicación²² que existía dentro de las leyes físicas universales utilizando términos y estructuras más familiares²³.

²¹ Corcella, 1984, pp. 52, 67, 69.

²² Sobre las explicaciones que proporcionó Heródoto véase el ensayo de Christopher Pelling (2019).

²³ Hesse, 1980, p. 193.